

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE INGRESO DE
D. JOSÉ ROMERO MUÑOZ DE ARENILLAS
POR EL DR. VICENTE SERRANO TOMÉ

José Romero Muñoz de Arenillas nació el 20 de diciembre de 1926, el mismo día, mes y año que un importante economista alemán, Otto Lambsdorff, y seis días más tarde que el catedrático de Bromatología de la Facultad de Veterinaria de la Universidad Complutense de Madrid Don Bernabé Sanz Pérez; en un pueblecito blanco y alegre, Vejer de la Frontera, seis meses antes de que Limberg atravesara el Atlántico con su "espíritu de San Luis" y siete antes del final oficial de la guerra española con Marruecos.

Estudió el bachillerato en el Colegio Alemán de Cádiz, donde se impartía la mayoría de las asignaturas en la lengua de Goethe. Finalizado sus estudios de bachillerato, ingresa en la Facultad de Veterinaria de la Universidad Complutense, todavía ubicada en el castizo Portillo de Embajadores, y termina la carrera en la Facultad de Veterinaria de Andalucía, situada en Medina Zahara, Córdoba.

Perteneciente a las avanzadillas de la primera gran plétora profesional de los años cincuenta, tan prolongada y tan aguda -como ya he comentado más de una vez-, que no ha sido valorada en sus justos términos ni la profesión ha rendido la debida justicia a estas promociones masificadas, sin horizontes, y que tuvieron que luchar durante años por la supervivencia, problema del que no eran en absoluto culpables, sino víctimas de unas imprevisiones en la titulación de veterinarios o incluso en la incompleta especialización con que salían de las Facultades para luchar "contra los elementos".

Y así encontró un hueco, tras dura y reñida oposición, en las filas del Cuerpo de Veterinaria Militar, lo que suponía someterse a la eterna "trahumancia" que marcarían los sucesivos destinos, pasando desde Córdoba a Alhucemas y después al África Occidental española. Desde allí sube a Dar Riffien, junto a Ceuta; y desde allí mismo camina hacia el Norte, hasta

casi los Pirineos, en Barbastro, para recalar en el siguiente movimiento en la ciudad del Betis, Sevilla. Una vez ascendido a Comandante, es destinado al Depósito de Sementales de Jerez de la Frontera. Más tarde se diploma en Microbiología y Epizootiología en el hoy Centro Militar de Veterinaria y, al año, vuelve a Sevilla, de Teniente Coronel, de donde ya no se mueve, excepto para asistir al Curso de mandos superiores de los Cuerpos, en la Escuela Superior del Ejército, pasando a la situación de reserva el 20 de diciembre de 1987.

Durante toda su vida militar activa y, más tarde, en su situación de retiro, se ha dedicado esencialmente a la traducción de textos alemanes -casi siempre veterinarios- al español, colaborando de ese modo a paliar la sequía de textos que España padeció durante muchos años. Y así, es de justicia recordar el concurso de audaces editoras, como ACRIBIA y esforzados colegas, muchos militares, encabezados por el General Esain, acompañado de Muñoz de Arenillas, de Dúcar Maluenda, de Tormo Iguacel, etc., a todos los que hay que agradecer su labor de cooperar activamente a aumentar los conocimientos de tantos veterinarios en un país con antiguas escuelas de traductores, como la famosa de Toledo, la aragonesa de Siresa y dónde hay un premio Nacional de poesía traducida, que precisamente se llevó en 1967 un veterinario militar español, Manuel Álvarez Ortega.

Todo ello me hace recordar a aquellos profesores veterinarios de las escuelas francesas que, además de su formación científica, dominaban una serie de idiomas y eran capaces de planear hasta una opera, como "La caída de Babilonia", que hablaba y escribía en latín y griego antiguos, y me estoy refiriendo al gran zootecnista Sanson, que llevaba la crítica de arte, al mismo tiempo, en un importante periódico de París y se le había confiado una delegación oficial para las primeras representaciones de Wagner, en el teatro de Bayreuth, manteniendo amistad con el genial músico... Y es que en general, las condiciones para ser un buen asimilador de idiomas corren paralelos con las condiciones para la musicalidad.

Son condiciones que dan especial aptitud para la música, para la diplomacia, para los servicios de información y para el espionaje político, industrial o de cualquier tipo.

Recordamos en estos momentos a Bech, oficial veterinario inglés del siglo pasado, que demostró en África excepcionales condiciones para conseguir informes del enemigo en la campaña de Abisinia cuando acompañó, no como veterinario, sino como segundo secretario del Servicio

Diplomático de su Majestad, a la misión para visitar al rey John de Abisinia, en una expedición que resultó extraordinariamente aventurada y llena de peligros, relatando el periódico "Standard" el 09/01/88, que en más de una ocasión estos expedicionarios escaparon por muy poco de ser asesinados. Tras esta expedición, Bech recibió una de las condecoraciones más solicitadas del Gobierno Británico, baste decir que Mr. Knox, jefe contador del Departamento de Guerra expresó la opinión ante el Comité presidido por Randolph Churchill, padre de Winston Churchill de "que no existía cuerpo de oficiales más capacitados y celosos de su función como el de Veterinaria Militar".

En septiembre de 1888 renuncia a su puesto de Veterinario por un puesto de combatientes como Segundo Teniente, siendo promovido a Teniente en 1890 en el 4º Regimiento de Húsares y poco después a Capitán, siendo herido en 1899 en la Batalla de Tokhar. Solicita después el retiro, pero se incorpora de nuevo al servicio activo en la Guerra de Sudáfrica mandando un regimiento de Caballería Escocesa. Retirado finalmente por edad, se reintegra de nuevo al servicio con ocasión de la Primera Guerra Mundial, muriendo heroicamente en 1915.

Pondremos un segundo ejemplo, este español. En la división 250 o "División Azul" figuraba un importante contingente de Veterinarios; entre ellos, el número uno de la larga promoción que ingresó -en el Ejército mediante dos convocatorias extraordinarias- una vez terminada nuestra Guerra Civil. Dicho número uno era el que fue después Teniente y Capitán Veterinario Carlos Díez Martín al que conocí y traté. Sus compañeros de carrera en Madrid cuentan y no acaban de la memoria extraordinaria que tenía como el caso de dejarle leer una página de un libro un máximo de cinco minutos, y recitarla seguidamente sin la más mínima equivocación, incluso lo hacía con páginas escritas en otro idioma o páginas enteras de la guía telefónica. Pues bien, como dicha división se reunió en su campamento base de Grafenwor, Carlos Díez Martín compró en una librería de lance una gramática germano-rusa, en el largo mes que tardó la División Azul en llegar al frente, gran parte a pie (casi 1.000 Km.), como un Ejército sin orden ni concierto. La marcha de los miles de infantes continuaba, mientras que los caballos y mulos no la resistían y tenían que ser abandonados en los poblados de paso. Por tanto, cuando llegó al frente ruso Carlos Díez empezó a entrenarse hablando con todos los rusos que encontraba incluso con prisioneros, perfeccionando su nuevo idioma. Una vez que el mando se había enterado, el cual mantuvo una entrevista con él, le

propuso que pasara a adscribirse al mismo con objeto de sonsacar a los prisioneros capturados, cosa que desde entonces corrió a cargo de nuestro compañero. Fue uno de los problemas que originó la División Azul, dada la diferencia del trato con los rusos de los alemanes y los españoles, ya que estos confraternizaban con la población desde el primer momento, mientras que los alemanes no consentían tener con ellos la menor cordialidad y afabilidad.

Terminamos felicitando al nuevo académico que, como buen conocedor del alma alemana, aportará sin duda espléndidas enseñanzas a esta casa acerca de este gran pueblo, acaso no comprendido aún por el resto del mundo, quizás por ello aún no se han explicado bien; así, por tanto, Bismarck dejó escrito: *“Los alemanes tememos a Dios, pero a nadie más en este mundo.”*